

¡Ay! que noche más larga  
de tanto sufrimiento:  
¡qué cosas pasarían  
que decirlas no pueo!  
Jizo Dios un milagro,  
¡no podía por menos!

Pues este milagro, de que habla Luis Chamizo, en ocasión del nacimiento de un niño, junto a un chozo y en mitad del campo, tuvo sus antecedentes quizá a docenas y docenas en este lugar y a través de su historia hasta no hace ni siquiera una centuria. Esto explica que la mujer -madre o hija- colaboraron con el hombre, en todas las varias y múltiples fundaciones del Tomelloso. Y ahí está esa imagen que llegó hasta nuestros días de la clásica y tradicional "terrera" que sacó toda la tierra para la excavación y las naves de nuestras primitivas y actuales cuevas. Y alguien, algún día, vendrá a desmenuzar, en función de verdadero historiador, lo que fue el origen, desarrollo y fundamento de la verdadera historia de Tomelloso. Pues esta historia está por escribir, porque en verdad os digo que mi estado de perplejidad alcanzó alturas que bien merecen analizar ese espíritu sensorial y anímico, que como una merced de Dios, insufló el alma y el corazón de unos hombres que bien pudiéramos calificar de verdaderos profetas. Y todo ello, animado de una casi y hermosa ingenuidad y de una fortaleza y de un ingenio poco común ni a su época ni al ser del español. Pues si observamos el talento de este pueblo, y vemos sus costumbres todavía arraigadas en la honestidad y el trabajo, se verá que en muy poco o casi nada, se parecen a las gentes de la provincia o la región. Porque sus peculiaridades son distintas y el afán de conquista creadora, material y artística, están diferenciadas y tienen una singular personalidad.

Y ya termino para no abusar más de vuestra atención. Pero dejadme, por favor, que toque muy de pasada aquello de las influencias y otras minucias que han venido a resultar y a conformar el carácter y la estampa de los hombres de Tomelloso y que le afectan a la clase y el estilo de su traje, que es su más acusada característica y lo que yo llamo uno de los más honrosos uniformes: la blusa negra.

Aquellas y estas blusas negras, no muy largas, que exaltan y denotan su hermosa influencia levantina, semejante a la que todavía impera en esos Patriarcas, antiguos y modernos, nunca viejos, que presiden en Valencia el Tribunal de las Aguas, para mejor ordenar esa inmensa riqueza del río Turia. Y los carros de varas, con su íntimo y acariciante toldo, y varios ganchos de mulas en reata, dispuestos siempre a echarse al camino en busca de los reinos de Valencia y Andalucía, para encontrar y conseguir aquel intercambio de nuestros primitivos aguardientes, por coloniales o especias y otras mercaderías.

También quedó aquí, la influencia andaluza sobre guarniciones y arreos para vestir las mulas, dejarlas "majas", y ofrecer esa estampa casi única de nuestras reatas que son motivo de hermosa admiración.

Dejadme también que, en forma nostálgica yo vea ahora con el corazón que lo siento tristear, el que las fraguas tengan en silencio sus martillos y que no se vean las chispas del carbón, ni el fuelle ni el yunque. El que me duela un poco todavía, el sentir de que ya no seechan pinas de carrasca en las ruedas de los carros.